

viendo que á cada instante era para ellos más inminente el peligro, hubieron de retirarse confusos.

Aunque todo quedó abrasado y consemido por el fuego. (1) *Entre las cenizas se hallaron algunos fragmentos de la antigua imagen en que se registran los azotes y las llagas. Así se dice en el citado auto del libro de Cabildos del Santo Cristo. Expresión bastante para crser, que no sólo se preservó la sacratísima llaga del Costado entera, como lo dice el R. P. Ruiz Guerra en su citado sermón el «Fénix Zacatecano,» sino también las otras llagas, á lo menos en parte. Guárdanse estas milagrosas reliquias dentro del pecho de la santa imagen nueva.»*

A expensas de un rico minero de Zacatecas llamado D. Francisco Muñoz de Villalón (1) *«hizo esta santa imagen, en el hospital de San Lázaro de México, Juan de Santiago, natural de Tlaltilulco el mismo año de 7361. Bendijola el día 5 de Agosto de dicho año el Ilmo. Sr. Dr. D. Martín de Elizacochea, obispo entonces de Durango, en el convento de las señoras Capuchinas de la dicha Corte de México. En este mismo año llegó á su ciudad de Zacatecas y se celebró su colocación en la parroquia el día 24 de Septiembre, trayéndolo en solemne procesión de la iglesia de Santo Domingo, en que estuvo expuesto por tres días á la veneración pública. (Muralla zacat. pág. 141 y sig.)*

Celébrase anualmente hasta hoy día un triduo solemne á la honra del Santísimo Cristo en los días 26, 27 y 28 de Abril. *«Este triduo se instituyó, dice el autor citado, el mismo año de 1736. Hácelo la Cofradía del Santo Oristo, cooperando la muy noble y leal ciudad, y las Archicofradías del Ilustrísimo y Señora de los Zacatecas. Instituyóse para perpetuar la memoria de los prodigios acaecidos en el incendio. Tengo ya apuntados los principales que se hallan en el auto del Sr. Vicario é infor-*

*maciones de Chacón, siendo para mí el mayor no haber perecido alguno de los que entraron á la iglesia que era entonces la que hoy es Sacristía, cuyo pavimento estaba todo entarimado, teniendo debajo la bóveda llena de las maderas de la iglesia antigua que se estaba reedificando, y declararse en ambos testimonios, que cuando entraron estaba ya apoderado el fuego enteramente de la iglesia. No hace mención el auto del velo que se dice en las informaciones de Chacón haberse echado al mediodía al Santo Cristo, ni en estas se hace más mención; pero es cierto que existe. Mostrómelo el Sr. D. Antonio Martínez de Cosío, Mayordomo que fué del Santo Cristo, asegurándome haber encontrado felicidad en su sus partos las parturientas á quienes se les ha llevado. Adviértese en él solamente estar chamuscado ó tostado en tal cual parte.» «Esta solemnidad (la del triduo) nos abre francamente la puerta para purificar la alma, logrando la Indulgencia plenaria que tiene para él concedida la Suprema Cabeza de la Iglesia, á los que verdaderamente arrepentidos y confesados, y de la Sagrada Comunión apacentados, visitaren la iglesia Parroquial de esta ciudad, haciendo ante el Señor Sacramentado, patente en ella estos tres días, la oración acostumbrada.» (1) *La Indulgencia concedióla para los días 26, 27 y 28 de Abril al Sr. Pío VI, por su Breve dado en Roma en Santa María la Mayor el día 24 de Agosto de 1876. Esta Indulgencia es perpetua, y no se gana sino una sola vez dentro del triduo.»* (Muralla, pág. 144.)*

De todo lo hasta aquí escrito y copiado de otros autores se infiere, que la imágen de Nuestra Señora de los Zacatecas es y ha sido siempre la Patrona y titular de la ciudad; mas la de la Iglesia parroquial, que fué en un principio la Purísima Concepción, cambióse después en la de la Asunción, según se colige del mismo autor, tantas veces citado, que á la página 213 y siguientes dice así:

«En el año de 1553 se encuentra ser el título de su primera iglesia el de su Inmaculada Concepción, y en el de 1570 se halla declarada, como cosa muy antigua, serlo también en el de su Asunción gloriosísima. Y á la verdad no sin misterio; para que la misma Zacatecana Señora, que en su imagen á un mismo tiempo de su Concepción y Asunción, había puesto en el día de su Nacimiento el tesoro y primera piedra para su nueva iglesia, fuere la que en la solemnidad de su Asunción á los cielos nos condujese como riquísima nave el Pan divino, colocando en su nueva casa y templo, al que la había colocado en los palacios de su Gloria.» Y en la nota dice el mismo autor: «Que sea imagen en el Misterio de la Inmaculada Concepción la Zacatecana Señora, queda bastantemente demostrado en todo el discurso de esta obra (*la Muralla zacatecana*). Por lo tocante á que lo sea también en el de la gloriosísima Asunción, bastaría solo enterarse del contexto de la Escritura de Minería de 8 de Junio de 1741, que pára el protocolo del Oficio de la Hacienda; pero como esta no sea á todo asequible, baste para prueba de esta proporción lo que, hablando de la bellísima imágen de la Zacatecana Señora, que hoy veneramos, dijo el R. P. Joseph de Utrera en el Sermón impreso, que predicó en la Dedicación de la Parroquia el último día del triduo, 17 de Agosto de 1752, fol. 24, son sus palabras: «Esta bellísima nueva imagen de su Asunción gloriosa, que sale á luz costeada por la rica mina de Loreto,» No se opone esto á lo que queda dicho en el día 8 de Mayo; pues habiendo sido la solemne entrada de esta santa imagen en e mismo año, y en tiempo tan próximo á la Dedicación de la nueva Parroquia (de lo que ya se trataba), no fué mucho que demoraran la solemnidad de su colocación, para celebrarlo todo junto colocándola en el trono del altar mayor la primera vez en esta solemnidad.»

En una junta de mineros que se celebró el día 20 de Mayo de 1702, se estableció un triduo á honra de Nuestra

Señora. «Este triduo, dice el P. Besanilla (pág. 219), que quisieron fuese en todo semejante al del Santísimo Cristo, se ordenó que se celebrase el día octavo de la Purificación, comenzando sus primeras vísperas el día 8 de Febrero, por estar impedido el día 8 de Septiembre con la fiesta de la ciudad. Poco después, con acertadísimo consejo, se fijó para los días 15, 16 y 17 Agosto. Y del mismo modo que el del Santísimo Cristo, tiene también este triduo anexa una Indulgencia plenaria: «El Sr. Clemente XIV, por su Breve dado en Roma, en Santa María la Mayor, á 14 de Febrero de 1772, la concedió. Esta Indulgencia es perpetua; y en este triduo está patente el Santísimo Sacramento.....» (Muralla, pág. 223).

«La suntuosa iglesia mayor de esta ciudad (prosigue el mismo autor, pág. 215), cuya breve descripción, con la relación de las fiestas de su dedicación, se imprimió en México, año de 1753, se dedicó el día 15 de Agosto de 1752. Llevóse la víspera de dicho día en solemne procesión á Nuestra Señora de los Zacatecas, acompañada de nuestro Padre Señor San Pedro á la Iglesia de Santo Domingo, de donde volvió en la misma solemne procesión, conduciendo para la nueva iglesia como misteriosa Nave, el Soberano Pan Sacramentado. Dedicóse sin que se hubiesen fabricado sus torres, de las cuales la que mira á la plaza real se finalizó, con todos los primores del arte, día 5 de Enero de 1782, y se trata de hacer á la otra el segundo cuerpo que le falta.»

«Goza esta Santa Iglesia parroquial privilegios y fueros de Colegiata, y entre las muchas reliquias que la adornan, tiene tres insignes, visitadas por el Ilmo. Sr. Tejada (*lib. 2 de Visit. de Zacat. fol. 50*). Estas son, de San Félix Papa Mártir, de San Marcial mártir y de Santa Victoria virgen y mártir, cuyas festividades, que son del primero, á 30 de Mayo; del segundo, á 10 de Julio, y de la tercera, á 23 de

Diciembre, celebra su Venerable Clero con el Oficio que les corresponde.»

El altar que en 1679 se había erigido á Nuestra Señora de Guadalupe en esta iglesia, «se abrazó, dice Besanilla, juntamente con la iglesia, y se volvió á erigir por los años de 1761, colocando en él una bellissima copia tocada al original, día 5 de Febrero de 1757, á solicitud y expensas del Sr. Conde de Casafiel, D. Francisco Javier Aristoarena. En este altar se celebra cada año la festividad de la Señora solemnemente, y el día 12 de cada mes se le canta Misa, Salve y Letanía.» (*Muralla Zacat.*, p. 184).

El culto de Nuestra Señora de Guadalupe, que tanto se propagó en esta época, dió origen también á que, á imitación de lo que se había practicado en México, la capital, se erigiese á extramuros de Zacatecas un santuario consagrado á la misma advocación en el sitio que ocupa hoy el templo del antiguo colegio de Guadalupe, de cuyo origen y progresos ya nos ocuparemos prolijamente, limitándonos por ahora á consignar aquí cómo en dicho templo se conserva desde entonces una pequeña imagen de bulto, llamada la Preladita, que anualmente, desde el viernes que sigue á la Ascensión de Nuestro Señor, visita los templos de Zacatecas, comenzando por la Catedral,

«La epidemia del matlazahuatl, dice Besanilla (página 188), que por los años de 37 infestó todo este reino, fué la causa motiva de que se pensase en traer á la Divina Prelada, recientemente jurada Patrona, para implorar su protección. Así se ejecutó por los años de 1738, haciéndole un solemne novenario, en la iglesia del Señor San Agustín, por estar muy incómodo lo que servía entonces de parroquia, que era la bóveda de debajo del coro de esta iglesia nueva; y esta ocasión fué la primera que vino la Guadalupeana Señora.» Omitiólo el año de cincuenta del presente siglo, prosigue el texto de la misma obra citada, y bien tuvo que llorar su omisión (*la ciudad*) por la mucha penu-

ria que padeció en aguas y alimentos. Aunque tarde, ocurrió á remediar su descuido á fines de Octubre; y siendo así que cuando vino la Señora, estaban muy escasos los víveres y á subídimos precios, y que el tiempo ya no era propio de aguas sino de hielos, comenzaron con abundancia las agnas, entraron víveres, y se vió con estupor y pasmo, que, cuando volvió la Señora á su colegio, había bajado el precio de los alimentos en más de las tres cuartas partes.» Refieren este suceso en la dedicatoria del sermón impreso, que predicó el R. P. P. Fr. Joseph George de Alfaro en la Parroquial de esta ciudad el día 11 de Junio de 1758, los dos Sres. Alcaldes Ordinarios de dicho año.»

Cinco veces tan sólo aparece haber en más de un siglo omitídose la visita anual de Nuestra Señora de Guadalupe á Zacatecas, es á saber, el citado año de 1750, y los de 1860, 61, 62 y 63 después de la exclaustación de los Religiosos del Colegio, habiéndose reanudado esta piadosísima costumbre en 1864, año en que fueron celebradas con gran solemnidad la ida y la vuelta de la santa imagen á su santuario á causa de la presencia de las tropas francesas, que hicieron los honores durante la fiesta, la cual antiguamente solía arreglarse del modo siguiente:

Algunos días antes de la fiesta de la Ascensión de nuestro Señor, el señor cura de la Parroquia de Zacatecas, acompañado de una comisión del Cuerpo Municipal, se presentaba en el colegio de Guadalupe solicitando del R. P. Guardián que accediese á la súplica, que, por conducto de sus representantes, hacía toda la ciudad para que en aquel año tuviese lugar, como de costumbre, la visita de la sagrada imagen de Guadalupe, con el fin de impetrar de Dios N. S., por la intercesión siempre eficaz de su Madre Santísima, la abundancia y oportunidad de las lluvias en todo el árido terreno de Zacatecas y sus partidos. El P. Guardián accedió desde luego gustoso á esta solicitud. El primer viernes después de la Ascensión volvían á presentarse en Guadalu-

pe el señor cura y la comisión municipal, antes de medio día, para conducir la Santa Imagen en coche hasta la iglesia de San Juan de Dios, á donde ocurrían algunas señoras principales á arreglarle el vestido y los rayos, que solían descomponerse durante el viaje; y de allí, á las cuatro de la tarde, se organizaba la procesión, á la que asistían el Clero y el Ayuntamiento, para conducir la Santa Imagen á la Parroquia, acompañándola San Rafael y San Juan de Dios, que permanecían allá los nueve días del novenario. Principiaba éste al día siguiente, sábado, y terminaba el Domingo de Pentecostés. Un religioso del Colegio salía á pie el mismo día que la Santísima Prelada y venía á Zacatecas, generalmente encargado de las pláticas del novenario, y á las veces también del sermón del último día, en el cual la función era sobremanera espléndida, consistiendo en misa solemne á gran orquesta, con sermón y asistencia de las corporaciones civiles y religiosas. Por la tarde una procesión recorría las calles de Tres Cruces, 1^a de San Francisco, la Compañía, el Correo, Rosales, la Caja, Tacuba y calle de Arriba, todas profusamente engalanadas con cortinas, flámulas, gallardetes, lazos y arcos vistosamente adornados, quemándose gran cantidad de cohetes en las azoteas al ir pasando la procesión. Los santos patriarcas de las Ordenes religiosas iban en ella presidiendo á sus respectivas comunidades delante de la Preladita, y detrás le formaban séquito el cuerpo Municipal y las autoridades, y al último algunas compañías de infantería formadas en columna iban haciendo la escolta. La imagen de la Santísima Virgen llegaba á la iglesia de San Juan de Dios, donde permanecía toda la noche, dispersándose en la plazuela la concurrencia. Solía haber nocturno en dicha iglesia.

Al día siguiente, muy de madrugada, se le cantaba una Misa solemne, de tal suerte, que á las cinco estuviese la santa imagen en disposición de ser conducida á su Santuario y Colegio de Guadalupe, lo que se efectuaba del modo si-

guiente: Acomodábase la santa imagen en un coche, acompañándola el Religioso que había venido á Zacatecas con ese exclusivo objeto. Tan luego como echaban á andar las mulas del coche, arrastrándolo á paso lento, el Religioso empezaba á rezar el rosario de quince misterios en alta voz, respondiendo un pueblo numeroso, que apiñado alrededor del coche, iba siguiéndole á pie. Por todo el camino veíanse carruajes y alegres grupos de personas que á pie ó á caballo se apresuraban á tomar la delantera para llegar á presenciar la entrada de la Santísima Virgen en la Villa de Guadalupe. El coche en que iba la santa imagen seguía todo el camino carretero que conduce á aquella Villa hasta llegar á cierto sitio, no lejos de la hacienda del Carmen, en donde, dejando el camino, atravesaba el arroyo para ir á tomar la ancha calle que desde la extremidad del barrio del Salero forma el extenso caserío de la Guadalupe Villa. Desde allí, en larguísima extensión de más de un kilómetro, todo era júbilo y regocijo. Las cortinas ornando las puertas y las ventanas; los altares y arcos de flores que se multiplicaban de trecho en trecho; las guirnaldas, coronas y ramos de fragantes rosas que á porfía se presentaban á la Santísima Señora; el coheterío atronador que estallaba por todas partes; las músicas, las danzas, las comparsas de niños y de doncellas que sembraban de flores el suelo y embalsamaban el ambiente con aromáticos pebetes y exquisitos perfumes ¡oh! todo, todo, hacía disfrutar de goces puros é inocentes propios quizá tan solamente de aquella edad dorada y que quizás no verán repetirse las futuras generaciones de materilismo y de lodo. Al llegar el coche á la entrada de la Plazuela del Refugio, que era donde hoy está el Mercado principal, un altar correctamente aderezado, aguardaba á la Santísima Prelada, que descendiendo del coche con su sombrero á la espalda, á guisa de pobre y humilde misionera, era respetuosamente colocada sobre el altar. Allí, el Superior de los Religiosos guadalupanos, que ya aguardaban

vestidos de sayal ceniciento y formados en dos alas, ofrecía dos veces incienso en el incensario á la sagrada imagen; en seguida el padre Hebdomadario, revestido de capa, entonaba la antifona *Salve Regina*, que á coros continuaba la Comunidad, haciendo oír sus robustas voces, cual de falanges de angélicas milicias, en medio del silencio de la multitud, que arrobada contemplaba en derredor tan patética escena. Comenzaba en seguida el canto de la Letanía lauretana, que contestaba el pueblo con entusiasmo, y puesta en andas la Santísima Virgen era conducida á la Iglesia, en cuyo atrio había una cátedra, preparada previamente, en donde uno de los Religiosos misioneros, designado por el Superior, pronunciaba una plática de circunstancias, cuyo asunto ordinario se encaminaba á elogiar el celo de los zacatecanos por el culto siempre creciente entre ellos hacia la cariñosa Madre de los mexicanos. En el año 1859, de triste memoria para los Religiosos, esta plática fué encomendada al R. P. Fr. Agustín de los Angeles Martínez, quien, increpando á los que, alardeando de las impías y corruptoras máximas, que ya empezaban á generalizar en las masas, habían cometido algunos desacatos públicamente en desprecio de la Santa imagen, anunció que ésta no volvería á Zacatecas mientras prevalecieran tales ideas, verificándose después puntualmente esta predicción durante los cuatro años, mencionados poco antes, de 1860, 61, 62 y 63, con la notabilísima coincidencia que el año 64, que se restableció la visita anual como antes, comenzó la lluvia con abundancia en el mes de Octubre, del mismo modo que había sucedido en 1750, como ya se ha dicho. Después de la plática, el Cura y los ministros de Zacatecas, que habían ido en otro carruaje, cantaban una Misa solemne de acción de gracias, la cual terminada, eran aquellos conducidos á la Hospedería del Colegio, en donde, en unión de la comisión municipal, que también acudía, y cumplimentado por los Religiosos, tomaban un modesto

desayuno, preparado de antemano en el departamento llamado «Sala del Obispo,» volviéndose en seguida todos á Zacatecas, muy contentos y satisfechos, después de concluido.

Esta era la costumbre antigua, que con el transcurrir del tiempo se ha venido modificando de suerte, que actualmente, en vez del Cura párroco y el Cuerpo municipal, que antes tomaban la iniciativa, es ahora una comisión del V. Cabildo de la Catedral la que les ha reemplazado en todos aquellos oficios de pedir, traer y volver á la Sagrada imagen; y en lugar de la procesión que en la tarde del último día recorría toda la ciudad, conduciendo en triunfo á la Santa imagen, ahora se practica aquella en el interior del templo, recorriendo después todos los de la ciudad, en donde se la obsequia con triduos ó novenarios, á voluntad de los respectivos rectores, siguiendo en esto, según parece, la costumbre de Guadalajara al recibir anualmente la visita de Nuestra Señora de Zapópan. Fácilmente se concibe que, siendo de aquella Metrópoli arzobispal el personal eclesiástico que vino á fundar la Diócesis de Zacatecas, implantaran en ella las costumbres de allá con mengua de las de aquí, como en todas partes sucede. Vamos ahora á referir lo concerniente á la jura del patronato de Nuestra Señora de Guadalupe en esta ciudad:

«Pasó después (*la ciudad*), prosigue el P. Besanilla, siguiendo las huellas de su madre la mexicana Corte, á jurarla bajo el título particular de Guadalupe por su principalísima Patrona el día 15 de Septiembre de 1737, confirmando sus amplios poderes para impetrar de la Santa Sede la confirmación del Patronato general de la Señora en estos reinos, y el Oficio y Misa de su maravillosa aparición. Lo que concedido benignamente por la Santidad del Señor Benedicto XIV, por decreto de 24 de Abril de 1754, y por Breve de 25 de Mayo del mismo año, celebró con públicas demostraciones de regocijo en unas solemnísimas fiestas á princi-

pios de Septiembre de 1758.» (pág. 187.) Y luego en nota, añade el mismo autor: «Fueron dos semanas de fiestas, una de funciones de Iglesia, en que se predicaron seis sermones, y fué el último día el 8 de Septiembre. La otra de juegos de toros, siendo Comisarios por el Ilustre Cabildo de estas fiestas los Sres. D. Joseph Joavisti y D. Francisco Javier de Aristorena.»

«Este suceso, dice el autor del *Bosquejo Histórico de Zacatecas*, cuyos interesantes detalles constan en un libro intitulado, *Gratitud Zacatecana, ó sea Breve Noticia de las Fiestas en que la Muy Noble y Leal Ciudad de Zacatecas explicó su agradecimiento en la confirmación del Patronato de Nuestra Señora de Guadalupe*, sin duda es uno de los que merecen ser conocidos y conservados en las páginas de nuestra historia, no sólo por razón de la esplendidez, el costo y la variedad de los espectáculos con que se celebró la fiesta indicada, sino también por la parte descriptiva y literaria del libro escrito á propósito de tal acontecimiento. Por esta causa, y porque hacer un breve resumer de esa descripción, sería tanto como despojarla de los curiosos detalles y originalidades que contiene, juzgo muy conveniente transcribirla íntegra. . . . Y así lo hace, en efecto; pero por un exceso nimio de fidelidad, substituyó con *eses* las *eses* largas usadas antiguamente en los tipos de imprenta, ocasionando con esto tal confusión, que para muchos se hace el texto ilegible. Nosotros no seguiremos su ejemplo, dice así:

Descripción de las Fiestas

(ESCRITA POR EL P. FRANCISCO ALEJO DE ORRIO, DE LA
COMPANÍA DE JESUS). (Bibliot. de Beristain)

§ I.

DEL MOTIVO QUE TUVO ESTA CIUDAD PARA EL PRESENTE REGOCIJO.

Gracias á Dios, que á un Agosto, como Enero, se ha seguido un Septiembre, como una Primavera! El corto calor, que permite la rigida Estación de Zacatecas, se había recogido al corazón, para vigorizar aquella parte príncipe, que á falta del vital, ya casi desmayaba en el Agosto. Quiero decir, que siendo en frase del Politico Tácito, el Príncipe Corazón de la Monarchía, y los que á él representan, otros tantos corazones de las respectivas Ciudades, que gobiernan, estaba el nuestro agonizante por falta de aquellos espíritus, que transitando por las venas, comunican en los jugos la substancia á todo el cuerpo político y si tanta decadencia experimentaba el corazón, claro está, que á sus extremidades, que son sus pies, y sus manos, ocuparía el frío, y la rigidez. Pero ved aquí, que quando todo el Orbe americano instruido de su fatal constitución, aguardaba por horas la noticia de su último fallecimiento, por la mucha sangre, que de la vena de la arca le habían extraído, faltando ya los humanos remedios, la misma naturaleza esforzándose con un movimiento diastólico violento, fué dando muestras de una inopinada mejoría; no por eficacia de los apósitos; sino en fuerza de una promessa jurada, que parece quiso aceptar compasivo el Cielo. Apareció pues, este Cuerpo al principio de Septiembre, con el semblante alegre,